

Muerte de Juan el Bautista - Marcos 6:14-29

(Mr 6:14-29) “Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio; y dijo: Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes. Otros decían: Es Elías. Y otros decían: Es un profeta, o alguno de los profetas. Al oír esto Herodes, dijo: Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado de los muertos. Porque el mismo Herodes había enviado y prendido a Juan, y le había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; pues la había tomado por mujer. Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Pero Herodías le acechaba, y deseaba matarle, y no podía; porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana. Pero venido un día oportuno, en que Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los principales de Galilea, entrando la hija de Herodías, danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa; y el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras, y yo te lo daré. Y le juró: Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino. Saliendo ella, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella le dijo: La cabeza de Juan el Bautista. Entonces ella entró prontamente al rey, y pidió diciendo: Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Y el rey se entristeció mucho; pero a causa del juramento, y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desecharla. Y en seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuese traída la cabeza de Juan. El guarda fue, le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre. Cuando oyeron esto sus discípulos, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.”

Introducción

En el pasaje anterior vimos que los doce se habían separado de Jesús para ir a predicar. Por esta razón, Marcos introduce aquí un relato que sirve a modo de paréntesis en tanto que los discípulos vuelven a juntarse con el Maestro.

Recordemos que el evangelio que estamos estudiando se basa en el testimonio personal de Pedro, uno de los testigos directos del ministerio de Jesús. Por lo tanto, es lógico este silencio sobre lo que hizo el Señor en este tiempo, puesto que sus discípulos no pudieron ser testigos directos de este periodo.

Pero aunque la escena tiene este carácter parentético, aun así está perfectamente integrada en el progreso del evangelio. Recordamos que Jesús comenzó su propio ministerio en Galilea justo cuando Juan el Bautista fue encarcelado (**Mr 1:14**). Y ahora, después de la muerte de Juan, es cuando Jesús envía a los doce para que continúen este ministerio.

Además, el pasaje sirve para mantener vivo en el lector el tema de la identidad de Jesús, y darnos algunas pinceladas sobre las diversas opiniones que el pueblo tenía sobre él.

También se nos da información detallada del tipo de rey y gobernantes que dirigían a Israel en ese momento. Este incidente sirve de telón de fondo para ayudarnos a entender cuando en el próximo pasaje el Señor vea al pueblo y tenga compasión de ellos porque *“eran como ovejas que no tenían pastor”* (**Mr 6:34**). Y nos servirá también para contrastar el carácter de Jesús, como el rey legítimo de Israel, con el de Herodes, al que se le llama rey sin serlo realmente.

“El rey Herodes”

Hay varias referencias a Herodes en el Nuevo Testamento y es importante identificarlos bien para no confundirlos. Herodes el Grande fue el rey en los días del nacimiento de Jesús, y quien ordenó la muerte de los niños de Belén (**Mt 2:13-16**). A su muerte, su reino se dividió en tres partes entre sus hijos: Arquelao, Antipas y Felipe. Antipas asumió el nombre dinástico de Herodes cuando comenzó a reinar sobre Galilea y Perea. Este es el Herodes del que trata nuestro pasaje.

Aunque Marcos lo describe como “rey”, en realidad nunca lo fue, aunque siempre aspiró a tener ese título que había llevado su padre. Marcos usa la palabra “rey” en el sentido en que se le conocía popularmente, aunque su título oficial era “*tetrarca*”.

“Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio”

Aunque el evangelista no nos da detalles acerca de los discípulos y su gira por Galilea predicando, sí que se nos describe su impacto sobre la nación: el nombre de Cristo se había hecho notorio. Este hecho da testimonio de la fidelidad con la que cumplieron su ministerio ensalzando el nombre de Jesús. Seguramente esta sea una de las grandes debilidades de la iglesia moderna, que hablamos mucho de otras cosas y personas, y poco acerca de Jesús y su gloria.

La impresión general a la que la gente llegó, es que estaban presenciando la visita de alguien procedente del mundo del más allá. Especulaban si podía ser Juan el Bautista que había resucitado de los muertos, o si tal vez Elías había regresado del cielo para inaugurar la era venidera, o si había resucitado alguno de los profetas antiguos. Y aunque sus ideas en torno a la identidad de Jesús eran realmente inadecuadas, sin embargo, su idea básica era absolutamente acertada: Dios mismo había irrumpido en la historia de los hombres por medio de su Hijo.

Notemos también que el evangelista nos presenta este impacto sobre la gente a través de los ojos de Herodes. Esto es interesante porque tanto Jesús como sus discípulos predicaban que el reino de Dios se había acercado, y Herodes era el rey en ese momento. Y la consideración de la bajeza moral que vemos en el rey Herodes en este pasaje, pondrá en evidencia la necesidad urgente de un nuevo rey, un Rey completamente diferente.

“Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado”

Cuando Juan el Bautista apareció en Israel llamando al pueblo a prepararse para la venida del Mesías, a Herodes no le habían gustado las exigencias morales que predicaba y decidió silenciarlo encarcelándolo primero, y quitándole la vida finalmente. Pero ahora estaba descubriendo que la muerte de los siervos de Dios no puede silenciar el mensaje de Dios. Y con Juan ocurrió como con Abel, quien fue asesinado por su hermano, y del que Dios da testimonio de su fe, “*y muerto, aún habla por ella*” (**He 11:4**).

“Había prendido a Juan por causa de Herodías”

Herodes se había casado con una hija de Aretas, rey de Damasco, pero se divorció de ella para volverse a casar con Herodías, mujer de su hermano Felipe. Este acto de

inmoralidad mereció la denuncia firme de Juan el Bautista, lo que le acarreó el odio asesino de Herodías.

Es muy triste ver cómo esto mismo ocurre en la actualidad en muchas iglesias ante el silencio culpable de los creyentes, que no tienen la valentía de denunciar con la Palabra tales actitudes. Muchos de nosotros hemos escuchado infinidad de veces de creyentes en las iglesias, incluso de pastores, que se divorcian de sus mujeres y se vuelven a casar con otra hermana, en muchos casos también divorciada. Pero ya no sólo no se condenan este tipo de comportamientos, sino que como socialmente son bien vistos, en muchos casos, hasta se celebra el nuevo matrimonio en la misma iglesia. ¡Cuánto necesitamos hombres de Dios de la talla de Juan el Bautista!

Marcos nos dice que Herodes había encarcelado a Juan por causa de Herodías. Podemos imaginarnos, por lo tanto, que Juan debió de ser la causa de muchas discusiones entre ellos, hasta el punto en que Herodes no pudo más y decidió encarcelarlo. Pero aunque tomó esta decisión, en el fondo de su corazón Herodes sabía que Juan era un hombre inocente, íntegro, consagrado a Dios y a su servicio. De hecho, nuestro texto dice que *“le escuchaba de buena gana”*. Seguramente esto se debía al hecho de que Juan no era como los aduladores que normalmente le rodeaban. Allí había un hombre que se atrevía a decir la verdad, aun a un rey.

Pero aunque a Herodes le gustaba escuchar a Juan, esto no quiere decir que estuviera dispuesto a hacerle caso. En Juan se cumplía lo que se dijo del profeta Ezequiel: **(Ez 33:32)** *“He aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra”*. Desgraciadamente, ya estamos acostumbrándonos a este tipo de situaciones: la gente de Nazaret admiraban a Jesús pero lo rechazaron, Herodes admiraba a Juan pero lo mandó encarcelar y matar.

Herodes se encontraba en una encrucijada y se debatía entre dos pensamientos: respetaba a Juan y le escuchaba, pero le faltaba la decisión para terminar las relaciones pecaminosas con una mujer que no era la suya y que le arrastraba al pecado.

En realidad, el caso de Herodes es un claro ejemplo de lo que le sucede a mucha gente en nuestro tiempo: escuchan la Palabra y les gusta, pero cuando nuevamente se encuentran ante sus pecados, les gustan demasiado como para abandonarlos y son arrastrados por ellos a la perdición. Se debaten constantemente entre su conciencia y sus pasiones sin tomar nunca la decisión correcta.

“La hija de Herodías danzó y agradó a Herodes”

Pero Herodes, aunque poderoso y astuto, sin embargo era un hombre débil, gobernado por pasiones incontrolables para él. Ya hemos comentado que había cedido ante Herodías para encarcelar a Juan, y esto, a pesar de que sabía que con ello estaba cometiendo una injusticia. Luego, cuando vio bailar de forma sensual y provocadora a la hija de Herodías, se dejó llevar también por su lujuria. Y en medio de una noche de fiesta y alcohol, encendido por la pasión incontrolable del momento, rodeado de sus notables invitados, hizo un alarde de generosidad que más tarde lamentó. Para finalmente cometer el crimen de dar muerte al Bautista, sin un juicio justo, simplemente llevado por el calor del momento. Esto era algo totalmente impropio de un rey.

El evangelista quiere que entendamos que detrás de su porte real, Herodes era un hombre muy débil, esclavo de todo tipo de pasiones. Y esto sigue siendo así en el mundo moderno en el que vivimos. El ser humano no ha cambiado, y los medios de comunicación se encargan de recordárnoslo constantemente .

Pero la finalidad última del evangelista, es contrastar a este rey humano con el Cristo de Dios. Tanto en su carácter como en sus obras, Jesús es el Rey que esta humanidad necesita.

La conciencia de Herodes

Herodes tenía una conciencia culpable. Había matado injustamente a Juan el Bautista y su conciencia no le dejaba tranquilo. Así que cuando escuchó la fama de Jesús, inmediatamente le volvieron a asaltar sus sentimientos de culpabilidad: *“Este es Juan, al que yo decapité”*. Tal vez en su mente volvía a aparecer una y otra vez aquella bandeja con la cabeza del profeta.

Quizá podríamos pensar que una persona como Herodes, no debía tener conciencia, pero aquí vemos que también escuchaba su voz. Esto nos lleva a la conclusión de que es imposible silenciar la voz de Dios. Herodes mató al profeta que le hablaba de parte de Dios, pero tuvo que seguir escuchando a su conciencia.

Muchas personas viven también bajo la voz acusadora de su conciencia. Tal vez hicieron algo que sólo ellos saben porque han logrado ocultarlo a todos los demás, pero no a su conciencia, que se encarga de recordárselo periódicamente. O quizá consiguieron convencer a todos los demás de que aquello malo que hicieron, no lo era tanto, pero sin embargo, todavía no han conseguido convencer a su propia conciencia que sigue acusándoles. Muchas personas viven en constante temor de que algún día les alcancen las consecuencias de sus malas acciones. La única forma de encontrar liberación es por medio de la confesión, algo que Herodes nunca llegó a hacer.

Pero la conciencia puede quedar endurecida si constantemente se rechaza la voz de Dios. Veamos el caso de Herodes.

- Ya hemos comentado que había encarcelado y ejecutado injustamente a Juan el Bautista.
- Después quiso matar a Jesús durante su ministerio (**Lc 13:31**).
- En vísperas de la Crucifixión, tuvo la ocasión de encontrarse con Jesús y su único interés era el de verle hacer alguna obra asombrosa (**Lc 23:8-9**). En esa ocasión, el Señor se negó a hablarle, porque Herodes había silenciado definitivamente la voz de Dios en su corazón.

“Herodías le acechaba, y deseaba matarle”

Otro de los personajes principales en esta historia es Herodías. El evangelista destaca su odio criminal, su ambición y su falta de escrúpulos para conseguir lo que deseaba.

Sabemos que había abandonado a su primer marido, Felipe, para irse con su cuñado Herodes. En realidad, Felipe era un segundón, y su propio padre, Herodes el Grande, le había dejado a un lado en la repartición de territorios. Así que, cuando Herodes se cruzó en su camino, vio con claridad la forma de conseguir el poder que tanto le gustaba, así que dejó a su marido y se fue con su cuñado.

Pero en medio de la historia apareció Juan el Bautista y comenzó a sentirse incómoda por su denuncia de su nuevo matrimonio. El Bautista se convirtió entonces en un obstáculo que había que quitar de en medio para alcanzar sus ambiciones. Como decimos en castellano, “se la tenía jurada”.

Tampoco tenía escrúpulos en usar a su propia hija como una vulgar bailarina con el fin de conseguir sus deseos. Aunque la hija también manifestó compartir el mismo carácter y crueldad que su madre. Y finalmente consiguió sus deseos de dar muerte al Bautista.

La muerte de Juan el Bautista

Siempre es triste la muerte de un fiel siervo de Dios, pero su testimonio sigue perdurando en el tiempo. Nosotros hoy seguimos admirando su valor al denunciar el adulterio del rey, sabiendo que esto le acarrearía el odio mortal de una mujer poderosa y mala como Herodías.

En esto también vemos muchas similitudes entre Juan y el profeta Elías. Recordemos cómo Elías reprendió a Acab (**1 R 21:19-20**) y se ganó el odio de su mujer Jezabel, que intentó matarle por todos los medios (**1 R 19:1-2**). De hecho, Jezabel incitaba constantemente a Acab para que se entregara a hacer el mal (**1 R 21:25**).

¿Por qué no intervino el Señor para salvar la vida de su siervo? Esta es una pregunta natural, pero para la que no tenemos contestación. Las vidas de los siervos del Señor están en sus manos, para que las utilice en el mundo conforme a su plan eterno hasta que se termine su plazo de servicio aquí abajo y luego los lleve a su gloria.

Por último, notemos el escaso reconocimiento que los mejores siervos de Dios reciben en este mundo. Después de todo el trabajo y la fidelidad del Bautista, lo único que tuvo fue una prisión injusta y una muerte violenta. Y esto seguirá siendo así en tanto que este mundo no sea gobernado por el Señor Jesucristo: mientras los impíos ríen y celebran sus fiestas, los siervos de Dios sufren y son asesinados brutalmente.

Pero éste no es el fin, Dios tiene preparado un lugar especial para todos sus siervos en la gloria, mientras que los impíos *“sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”* (**2 Ts 1:9**).

Preguntas

1. Razone sobre las diferentes conclusiones a las que llegó el pueblo de Israel sobre la persona de Jesús.
2. Analice la causa por la Herodes encarceló a Juan y dé su opinión sobre este hecho.
3. ¿Cuáles eran las debilidades de Herodes? Coméntelas.
4. Razone sobre la conciencia a la luz de lo aprendido en este pasaje.
5. Compare la relación de Juan el Bautista con Herodes y la de Acab con Jezabel.